

¿Quién se atreve a digerir a Mamet?

Juan Carlos Rubio estrena *La culpa*, un texto donde David Mamet despliega enfoques incómodos sobre la homofobia, el antisemitismo, los juicios mediáticos... Pura dinamita contra la corrección política

Alberto Ojeda

A David Mamet le gusta meterse en todos los charcos. En el Teatro Bellas Artes, el año pasado, le vimos cuestionar la propensión de ciertos sectores del feminismo a acusar a la ligera. Fue en *Oleanna*, dirigida por Luis Luque, donde un caso de abuso en la universidad (de un catedrático sobre una alumna) aparentemente claro escondía detrás sorpresas que incitaban a una reflexión más fundamentada de la realidad. Esa escritura que dosifica la información al espectador y que desmonta sus prejuicios vuelve a ofrecerla en *La culpa*. Juan Carlos Rubio la pone en escena en el mismo teatro madrileño desde el próximo 9 de enero, con un reparto de altura: Pepón Nieto, Magüi Mira, Ana Fernández y Miguel Hermoso.

Con todos ellos trabaja por primera vez Rubio, que afronta su tercer Mamet. Antes montó *Razas y Muñeca de porcelana*, esta última con José Sacristán metido en la piel de un



Miguel Hermoso, Ana Fernández, Pepón Nieto y Magüi Mira
(Foto: Sergio Parra / Pentación)

desquiciado magnate en caída libre. Dos años y medio la han tenido de gira, impulsados por su éxito. Y es que no hay duda: el autor estadounidense gusta en España. Rara es la temporada sin que asome algún nuevo título suyo en la cartelera. “Quizá se deba a que nos presenta personajes que no son buenos ni malos. Son simples depredadores que evidencian la condición animal de los humanos”, apunta a *El Cultural* Rubio, que, de hecho, ya tiene apalabrada la adaptación de un nuevo texto del artífice de Glengarry Glen Ross. Será también en 2019 pero, de momento, no quiere soltar prenda. “Mamet siempre mete el bisturí donde más duele”, continúa el dramaturgo (Arizona) y director cordobés. En *La culpa* teje una trama en torno a Charles, un psiquiatra que, aferrado a su código deontológico, se niega a entregar al tribunal que juzga a un paciente suyo las notas tomadas durante su tratamiento. Hablamos de un joven que cometió una masacre mientras estaba bajo su terapia. (...) Mamet va elevando el suspense en una escalada dramática sostenida en sus diálogos afilados, inteligentes, frenéticos... “No son realistas porque los personajes reaccionan con una rapidez que no es habitual. Pero eso importa poco: el teatro es al fin y al cabo una destilación de la realidad y está bien que construya su propia poética”, dice Rubio, que alaba también cómo los usa para ir delineando la complejidad psíquica de sus personajes y para mantener alerta al público. (...).